

Frank David Bedoya Muñoz

Relatos
de un
intelectual
malogrado

AP

Relatos de un intelectual malogrado.

Publicado bajo una licencia Creative Commons 3.0 (Reconocimiento – No comercial – Sin Obra Derivada) por:

Frank David Bedoya Muñoz, 2014

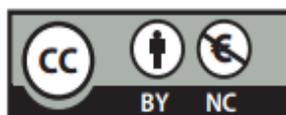
Edición a cargo de:

Santiago Jiménez Londoño

Diseño:

Frank David Bedoya Muñoz, 2014

Protegido bajo una licencia Creative Commons 3.0 y bajo la licencia de www.AIPoniente.com



ÍNDICE

Prólogo.....	4
Aures.....	5
Irse.....	10
Dos historiadores y un acordeonero	13
El niño que se hizo ateo sin conocer a Nietzsche.....	26
Casi guerrillera.....	29

Prólogo

Escribo por una insatisfacción con el mundo que me ha tocado vivir. Sin embargo no escribo con despecho sino con una profunda pasión por la vida. Cada escritura “lograda” significa para mí una superación. Una superación no porque necesariamente sea un tipo de elevación, sino porque es la tramitación de unos asuntos vitales que solo encuentran salida en la escritura.

Ahora me dio por escribir relatos, procurándome un estilo literario porque estoy peleado con mi oficio de escribir “racionalmente” ensayos históricos y políticos. ¿Qué si a estas alturas ya aprendí a escribir? Creo que responder esto sería tan absurdo como decir que en algún momento “uno ya aprendió a vivir”. Algunos seres cercanos me reprochan la publicación de estos relatos, unos aducen que un autor que se publica así mismo está cometiendo un pecado imperdonable de vanidad; otros me sugieren “que espere más tiempo para ver si algún día escribo algo mejor” y además no tenga que avergonzarme de todo lo que he publicado impudicamente; otros, que les parece inconcebible que uno se pretenda escritor sin que gane por ello algún dinero, y por último, los fetichistas del papel impreso, que aluden que un libro virtual “no existe”. ¿Qué les puedo decir? Por ahora se me ocurre contestarle a los últimos que no niego que de tres o cuatro accidentados libros solo uno de ellos circuló en Medellín en papel impreso en una bella y pequeña edición de una respetable institución académica y les confieso que yo también comparto el mismo fetiche, dado que tengo el anhelo de ver algún día algún otro libro también impreso, pero por el momento solo tengo la virtualidad del internet. ¿Cuánto tiempo tardaremos los seres humanos en comprender que la condición de lo imperecedero no la asegura el papel?

Los siguientes relatos, que ya han tenido unos pocos lectores, ahora los he reunido en un solo “libro” porque se me antoja que estos en conjunto cierran un ciclo superado de un intelectual que en algún momento no muy bien definido de su existencia se malogró.

Frank David Bedoya Muñoz, 2014.

Aures

Tengo una infancia atragantada, una ciudad atravesada como un puñal que se quedó incrustado entre mis huesos y mis pensamientos.

Papá nos llevaba de barrio en barrio buscando siempre una vida mejor, pero no durábamos mucho, siempre volvíamos a buscar de nuevo; las últimas casas -por fin- todas fueron en Itagüí pero de ese pueblo yo no quiero hablar. Parecíamos gitanos. Muchas veces mamá hacía la cuenta de todas las casas en que habíamos vivido y siempre hallábamos que nunca eran menos de veinte. En una de esas aventuras a papá le dio por llevarnos a Bogotá y con esa decisión comenzaron los laberintos de nuestra existencia.

Tengo tres años, en este punto sucede el primer atisbo de mi conciencia. Voy en un autobús, es de noche, estoy sentado al lado de la ventanilla, veo la oscuridad de la noche como choreándose por la velocidad entre claros y oscuros de árboles que se suceden rápidamente. A mi lado está una señora y un señor totalmente extraños para mí, eran mis tíos, pero como saberlo. Me llevan de regreso a Medellín porque estaba muy enfermo. No resistí el frío de la capital. Me han separado de mi familia. A pesar de mi corta edad yo no entiendo, pero ya “pienso”. Es un recuerdo que no me abandona, este episodio lo he contado mil veces y de múltiples formas, es la memoria fijada sin tiempo ni espacio de un niño que se marcha y que es condenado así a la soledad. Tampoco es una tragedia, ni nada extraordinario, simplemente fue y no se va.

Comienzo de la soledad. En el barrio 12 de Octubre estoy sentado en la parte superior de un barranco, hay un caminito. Aún tengo lo tres años, o quizá ya cuatro, no sé. Siempre todas las tardes estoy sentado esperando que por ese caminito aparezca mi madre, también espero a mi padre y a mis hermanos, pero ese niño sólo estaba pensando en su mamá. Fueron muchas tardes, por fin en alguna de ellas aparecieron. Mientras otros niños jugaban, yo adquirí la costumbre de quedarme quieto y ponerme a “pensar”.

Luego en ese mismo lugar ingresé a la escuela León de Greiff. Siempre me gustó ese nombre, desde que lo escuché. Mucho tiempo después, supe del poeta que tanto admiro hoy, y me alegré más por haberme entusiasmado desde niño con aquel nombre tan espléndido.

Nos movíamos tanto, que el kínder, el primer año de escuela, y el segundo los hice en tres instituciones distintas, ¡no me asombra ahora, como si fuera un eterno retorno, que cada dos o tres años me hastíe la estabilidad.

Estoy en una cancha inmensa, es el recreo de la escuela, muchos niños grandes y pequeños corretean sin parar, el día está soleado, yo me quedo quieto en un esquina, los contemplo y me contemplo, allí tengo una reflexión, ¿por qué todos ellos no se detienen un momento? ¿Tan sólo se mueven, arrebatados con un impulso de no acabar? Más bien pienso, o ¿qué hago yo quieto sin moverme observándoles? Sé que no lo pensaba con estas palabras que acabo de escribir pero sí sé que esto era lo que estaba pensando, yo niño enclenque de segundo de primaria en lugar de estar jugando como los niños sanos me pongo a pensar; ya no tenía remedio.

No hay forma de terminar el año allí. Nos vamos para un nuevo barrio: Aures. Hay que volver a buscar escuela a los niños, que triste para mamá tanto ajetreo. La culpa no es de mi padre, sino de la sociedad que nos tocó vivir, de nuestro descalabrado país.

Mi abuelo era campesino, bravo, aguerrido, fue concejal en su pueblo, gaitanista, liberal. Un día un hombre le advirtió que los conservadores iban por él. El libreto ya se sabía. Mataban a los liberales, se apropiaban de sus casas, violaban a las mujeres, les arrebataban la tierra. Mi abuelo con sus hijos decide irse para la ciudad. ¿Qué hace un campesino sin tierra en Medellín? Desarraigados, melancólicos. Nunca escuché esto de mi abuelo, pero estoy casi convencido que él y sus coterráneos andaban afligidos por haber perdido su vida en el campo.

Construyeron una casita en Aures. Mi abuelo no abandonaba su costumbre de criar cerdos, ya no tiene tierra, lo hace en un reducido lugar en la parte trasera

de su casa “urbana”. En una mañana mi abuelo está lidiando con sus animales, un cerdo, unos perros, un gallo. Aún no concibo como metió tanto animal en un pequeño patio. Ya no lo dudo, mi abuelo sentía nostalgia por la vida del campo que perdió. Decía que una mañana mi abuelo estaba lidiando con sus animales, mi hermano mayor y yo estábamos cerca, el viejo nos llama para que lo ayudemos, mi hermano, siempre valiente se acerca alegre. Yo, me quedo rezagado en la puerta. Tengo pánico al perro que ladra, el cerdo grita y me asusta más. “Ese muchacho es un güevón”, dice mi abuelo mirándome en el instante que me he paralizado en la puerta; he perdido el afecto del abuelo, me quedo solo y con la vergüenza por ser un cobarde.

En la casa de los abuelos vivimos un tiempo, luego comenzaron los periplos. Itagüí de nuevo, ya lo he dicho, Bogotá, el 12 de octubre, de nuevo en Aures, ahora una casa para nosotros solos, sin animales para mi satisfacción.

Una nueva escuela. Grado segundo de primaria. A la profesora de ese entonces se le ocurrió la idea estafalaria que para aceptarme en la escuela debía presentar una prueba delante de todos los niños del salón. El desafío era hacer una resta con números de varias cifras, “llevando”; la hice correctamente, estupor en el auditorio. Como que nadie sabía restar allí porque desde ese momento me convertí en el “intelectual” del grupo. A los pocos días ya tenía un muchacho que medía el doble que yo intimidándome y obligándome a que le hiciera sus tareas, so pena de una buena golpiza. Una vez más mi hermano mayor, el valiente, fue el que me defendió. ¿De que servía saber restar sino me sabía defender? Mi hermano me defendía en la calle pero luego él mismo se desquitaba en la casa.

Papá compró un lote para construir una casa, estaba cerca a la casa alquilada donde vivíamos. Pero el lote no era plano, era un barranco, un precipicio, una ladera, compró un hueco para rellanar, costaba más el relleno de piedra que construir la casa. Hijos de campesinos sin tierra, desarraigados en la ciudad. En el lote nunca se construyó nada, papá lo volvió a vender.

Aures parece una cordillera, a un costado del barrio había un valle con una pequeña quebrada, las aventuras consistían en ir por allá a recoger moras. Mi

hermano mayor, siempre temerario se iba más lejos. Un día se fue a una finca – propiedad privada- y por robarse unos mangos lo agarraron a tiros. A él no le daba miedo seguía con sus aventuras, yo prefería quedarme en casa. “Saca a ese muchacho para la calle que se va a volver un güevón”, ahora le decía mi padre a mi madre refiriéndose a mí. Un día a regañadientes salí, no había transcurrido cinco minutos y una piedra se había estrellado en mi cara, coincidió que en ese instante estaban “jugando” a tirar piedra. Regresé ensangrentado lleno de histeria. Que me digan “güevón” yo a la calle no vuelvo. A mi hermano lo regañaban porque amaba la calle, a mí me regañaban por lo contrario.

Aures tiene una panorámica privilegiada, se ve todo Medellín, el río, los edificios, es como estar encima del mundo. Es estar rodeado de montañas, viviendo en la parte alta de una montaña contemplando la ciudad.

Un día mi otro hermano, el menor, me dice, “¿David que habrá detrás de las montañas?” y él mismo se responde: “Bogotá”. Yo, el “intelectual” lo corrijo, “No, nada de Bogotá, detrás de estas montañas sólo hay más montañas”.

Todas las calles de Aures –menos una, la principal- estaban sin pavimentar. Eran de una tierra amarilla seca, tierra estéril, ni si quiera en los frentes de las casa había jardines. Mi primer pensamiento pre-marxista: ¿Por qué no pavimentaran todas las calles para que todos tengamos progreso? Ya estaba echado a perder, al mismo tiempo mis hermanos jugaban tranquilos sin pensar tantas pendejadas.

Un día me enamoré, cerca de la escuela, vivían dos hermanas, Sandra y Elvia, me enamoré perdidamente de la primera. Ahora sí quise salir, tomé como costumbre salir a caminar para pasar por su casa y mirarlas, nunca me atreví a hablarles, a lo lejos me sonreían pero nunca fui capaz de hablarles. Por una mujer me convertí en un caminante.

A lo lejos en la ciudad sonó una gran explosión. “¿Qué fue eso papá?” – “Mataron al gobernador”.

Días después las explosiones sonaron más cerca, a tan sólo una cuadra de nuestra casa acribillaron a balazos a unas personas en una taberna, era de noche, los disparos sonaron estruendosamente por varios minutos. A pesar que estábamos resguardados en la casa, vi el terror en el rostro de mi hermanito menor, estaba lleno de pánico, lloraba sin parar; ahí supe qué era la angustia verdadera. Desde ese momento comprendí que mis propios temores eran trivialidades. El verdadero miedo era otro, la muerte que siempre ronda en Medellín.

Uno de mis hermanos tomó la costumbre de irse para el parqueadero de autobuses, ese lugar sería el nido de reclutamiento de maleantes y sicarios. Ahora en todo el Valle de Aburrá comenzaría la violencia descomunal de la época de Pablo Escobar. Era en todas partes pero todo comenzaría en los barrios altos de la ciudad, con los nietos de los campesinos desarraigados por otras violencias anteriores, casi nadie recuerda eso y sin embargo es crucial. Papá tomó una decisión sabia. "Vámonos de Aures, acá se nos van a dañar nuestros muchachos".

Nos fuimos. Nos salvamos. Pero, ¿para dónde?, para Itagüí, ¿Acaso allá no era lo mismo? Al parecer por unos días no. Quedarnos en Aures hubiese sido peor.

Tengo una infancia atragantada, una ciudad atravesada como un puñal que se quedó incrustado entre mis huesos y mis pensamientos.

Anhelos y temor.

Irse

Lo único que le quedaban eran sus libros y muchas botellas vacías, parte de su último sueldo lo tenía bien guardado para pagar otro mes de arriendo. Ya no tenía más dinero con que beber. En el último colegio donde trabajó un cura prepotente lo había ultrajado. ¿De qué valía ser un maestro brillante si por un sueldo miserable un rector lo trataba peor que a un plebeyo? Renunció furioso, malherido. Llevaba varios días tomando solo en su casa, al principio con rabia, después, poco a poco, cambió la ira por una melancolía al contemplar su mísera libertad; ahora pasaba el tiempo deleitándose con su música preferida -que era la banda sonora de una buena película francesa-, con su tristeza y con su soledad, aquellos estados del alma que parecían regocijarse bien con las notas de los pianos que inundaban el aire ya sofocado de vodka barato. La dueña de la casa, doña Julia, que vivía abajo miraba con intriga y con pesar a aquel «muchacho loco, que hasta hace poco era un profesor, pero que ahora se estaba dejando perder por el trago». Aunque Manuel eludía bastante a doña Julia ella terminó apreciándolo como a un hijo descarriado.

Manuel Rivas filósofo de profesión y ex profesor de varios colegios de secundaria en Medellín ahora era un completo desastre, dejó de afeitarse y su barba que no crecía completa le daba un aire de limosnero bien bañado. Un martes al medio día se despertó con una idea estúpida, empeñaría la nevera y el televisor, con ese dinero entregaría la casa, pagaría los servicios atrasados y con lo que tenía guardado -que no era mucho- se iría sin rumbo fijo a tomar aguardiente como un “caballo asoliao”; sin rumbo fijo pero eso sí empezando por Amagá, último refugio de los borrachos e intelectuales pobres. Estaba de moda irse para Santa Elena, pero Manuel odiaba el esnobismo de sus colegas que creían que ese monte con neblina era Europa. «Mejor me voy pa´ un pueblo de verdad», que según él, uno de ellos, era el pueblito minero del sur del Valle de Aburrá.

Salió decidido, buscó una prendería en el parque central de la Estrella, -él vivía a dos cuadras-, preguntó cuánto le prestaban por los dos únicos objetos que tenía de valor, pruebas materiales de su anterior intención fracasada por llevar una vida «normal». Le convenció la cifra que le ofrecían, él sabía que luego no

los iba a reclamar, estos electrodomésticos costaban más, pero era tan testarudo, apresurado y derrochador que ya estaba convencido, lo que le daban era justo lo que necesitaba para partir. Buscó a un muchacho con una carreta – tuvo la suerte que era mudo, “así no preguntará nada”, pensó- y comenzó la diligencia. Doña Julia que no tenía otra ocupación distinta a la de estar pendiente de su inquilino salió a ver desfilan la nevera casi nueva por las escaleras. Manuel fingió apresuramiento para evitar alguna pregunta pero al ver los ojos de intriga que se reflejaban en los gruesos lentes de su vecina prefirió decirle de una vez.

—Tengo que irme, antes de lo previsto, pero no se preocupe que no me estoy volando, ahora regreso y le cuento más. Le sonrió levemente, que ya era mucho, casi nunca lo hacía para evitar cuestionarios más largos. Ella volvió y lo miró con esa mirada que ponen las abuelas de desilusión por «la juventud de ahora que se ha echado a perder». Luego fue el desfile del televisor, una mesa, unas sillas y unos peroles de cocina sin utilizar, se los regaló al ayudante que afortunadamente no podía decir nada.

Regresó con el dinero, estaba ansioso, quería desaparecer. Cuando le entraban ganas de irse de un lugar Manuel le iba dando un desespero y todo lo quería hacer en un santiamén, a pesar de que nada lo obligaba a correr. La vecina seguía pendiente. Manuel subió, ahora no quedaba casi nada, sólo dejó para sí sus libros preferidos, que eran las obras incompletas de Nietzsche en edición de bolsillo y unos poemas de Porfirio Barba-Jacob, la ropa que tenía puesta y cuatro desaliñados atuendos más. Agarró los libros que no podía cargar y se los llevó a Sofía, una amiga-amante que vivía cerca, más amiga que amante que se entusiasmó tanto con el gesto de Manuel al dejarle sus libros, que de despedida le volvió a hacer el amor. Manuel no se resistió a la oferta, pero como estaba apresurado copuló con ella como si fuera un gallo, le dijo después del último gimoteo que lo perdonara pero es que estaba de afán.

—En verdad casi no me queda tiempo. Sofía le vio la cara de mentiroso y al sentirlo tan afanado lo miró con complicidad y no le dijo nada para que se pudiera marchar.

Manuel regresó rápido, doña Julia que seguía pegando el ojo tras la ventana de su sala lo vio subir. La casa ahora estaba vacía, Manuel se puso a barrer, le quedaba un poco de consideración; botó las botellas vacías, ojeó por última vez aquellas paredes que presenciaron sus extravagancias de solitario. Bajó por fin a entregar las llaves y el dinero, la vecina ya lo esperaba en la acera.

—Doña Julia, me tengo que ir, me salió un trabajo nuevo en otro municipio y no lo puedo desaprovechar. — ¿Y qué hiciste con la nevera muchacho? ¡Qué pesar!

—No me la podía llevar, aquí está su plata y la de la última factura de la luz, cuídese mucho y muchas gracias por todo.

—Muchacho pero no te pongas a beber, si tienes que volver regrésate que yo te vuelvo a alquilar la casa. Doña Julia contó lo billetes con inquietud y le siguió preguntando.

— ¿Y fue que conseguiste otro trabajo de profesor? Acá Manuel si no le quiso mentir.

—No doña Julia, el pendejo hace mucho rato se acabó. No la quiso mirar más y se marchó.

Manuel Rivas, licenciado en Filosofía y Letras, el miércoles a las diez y media de la mañana yacía borracho en las escalinatas del atrio de la iglesia de Amagá, con una botella en la mano, un fuerte rayo de sol en su cara y la gente pasándole por un lado.

Dos historiadores y un acordeonero

- Eduardo, ahora sí el congreso se terminó, don Gerardo me dice que podemos disfrutar una noche más en el hotel.
- Cachaco, vos si sos pendejo. ¿Y para qué queremos un hotel si estamos en la playa? Yo me puedo quedar dos, tres, cuatro días más, así no tengamos más hotel.
- Vos porque vivís en Barranquilla, yo tengo que regresar a Medellín.
- Bueno cachaco. ¡Sí vez que los cachacos se preocupan por todo!, tranquilo, mañana o pasado mañana te vas, hoy vamos a pasar bueno.
- .- ¡Hombre Eduardo, que yo no soy cachaco, cachacos son los de Bogotá, yo soy de Medellín!
- Esta bien, lo que vos digas, pero tú eres un paisa cachaco.

Eran las cinco de la tarde, el cielo estaba anaranjado, estábamos sentados en la playa del Rodadero en Santa Marta. Así conversábamos dos historiadores vagos que no teníamos nada más que hacer después de un congreso de historia. Después de la academia generalmente seguía el ron.

De repente pasó muy cerca de nosotros un hombre que llevaba una cara bastante afligida. Nos conmovió. Estaba vestido con un pantalón sencillo, una camisa blanca bastante desaliñada, un sombrero y una mochila. Lo llamamos.

- ¿Qué tal hombre? ¿Qué te pasa compadre? Tómame un ron.
- Gracias, me hacía falta para pasar este guayabo.
- ¿Ustedes son de por acá?
- Este es Eduardo, un historiador costeño, y yo, Jacinto un historiador antioqueño.
- Antioqueño, aaaaah, ¡cachaco!
- ¡No hombre!, vos también. “P-a-i-s-a” de Medellín, le dije.

Eduardo se reía mientras movía su cabeza. El hombre prosiguió como si no me hubiera escuchado.

-¡Historiadores! Los que echan cuentos. Pues yo tengo una buena historia, a lo mejor, les sirve para después. Yo soy, Justo, acordeonero.

- ¿Y dónde está tu acordeón?

Esa es la historia compadritos.

- Contala pues, que lo que tenemos es tiempo y ron, tómate otro.

Justo se animó a conversar. Le sentimos el tufo que traía, efectivamente había bebido más que nosotros.

- Compadritos, yo tengo una mujer que se llama Carlota. Estamos juntos desde hace mucho tiempo, tenemos cuatro carajitos; Carlota y yo nos queremos pero siempre peleamos mucho. Ella dice que yo no sirvo para nada. Que nunca pienso en un mañana. En un futuro mejor. A mí me da pena con ella porque muchas veces ella es la que mantiene el hogar con un puesto de comidas que tiene en la casa. Sabe cocinar muy bien y nunca se queda quieta. Yo le digo que sí tengo futuro, pero ella no me cree. Yo le digo que seré un gran acordeonero, el más grande acordeonero de la región, y cuando eso ocurra tendremos mucho dinero, y nos reiremos de los problemas del pasado. Ella, cada vez que le digo esto, me dice que deje de decir pendejadas y que busque un trabajo normal. A mí me duele porque ella no se ha dado cuenta que soy un músico prometedor. Cada vez que me ve ensayando una tonalidad me trae a los niños más chiquitos para que los cargue y me dice con rabia: “serví pa alguna cosa y deja de estar pensando en los güevos del gallo”. Pero cuál gallo yo lo que quiero es ser tan famoso como el maestro Escalona. A pesar de todo, ella me quiere, el otro día me regaló un acordeón nuevo, porque el acordeón viejo que tenía que me había regalado mi tío Medardo estaba más recompuesto que mis calzones, y valía más arreglarlo que volverlo a hacer de nuevo. Ella me dijo ese día, en su acostumbrado tonito de pelea. “Ahí tenes, Justo, un acordeón nuevo, cuídalo, es para que te pongas a trabajar, no te quiero ver dando serenatas gratis, ni bebiendo con tus amigos, porque yo misma agarro ese acordeón y te lo parto en la cabeza”, y me lo entregó. El acordeón no estaba nuevo del todo, pero lo parecía. Mejor no le pregunté cómo lo consiguió. Los primeros días, -aunque no he logrado que me contraten en un grupo bueno-, logré conseguir unos pesitos

para la casa, tocando para la gente que viene a visitar la playa. Carlota estaba contenta. Todo iba bien, hasta anteanoche.

En este punto a Justo se le aguaron los ojos como a un niño chiquito

Nos tomamos otro trago, estábamos atentos.

- Estaba trabajando por allí cerca y me contrataron unos extranjeros, me dijeron que tocara toda la noche, me mostraron que llevaban mucho dinero y yo me animé. Me ofrecían mucho trago, yo le puse todo el corazón, canté con tanta alegría, que por cada canción que cantaba me entusiasmaba más. Pero compadritos, de un momento a otro se me olvidó que pasó. Quedé privado. Sólo sé que amanecí en esta playa, sin dinero y sin el acordeón. Los busqué como un loco por toda la playa y no los encontré, esos gringos de mierda me robaron el acordeón. Y ahora yo no sé qué voy a hacer para volver a la casa.

Eduardo, le dijo.

- Ajá, y ¿entonces? Llégate a tu casa y le cuentas lo que pasó a tú mujer, más nada.

Justo, bajó su rostro. Y Eduardo, como si no tuviera nada de compasión, le preguntó.

- ¿Y es que te da miedo de tu mujer?

Justo volteó la cara, y sin pronunciar palabra, nos dio a entender que efectivamente sí le tenía miedo.

- Lo que pasa es que no es la primera vez que me pasan estas cosas, esta vez yo creo que Carlota no me va a perdonar. Me fiaron una botella de ron esta mañana y estoy dando vueltas sin saber qué hacer.

Yo estaba pasmado sin saber que decir.

Eduardo ahora sí en un tono más comprensivo le dijo.

- Tranquilo Justo, tranquilo, esta noche te quedas con nosotros en el hotel, mañana pensamos como te ayudamos.

Yo miré a Eduardo con desconfianza y asombro, este costeño, siempre tenía – aparentemente- para cualquier situación una solución. Sin estar muy seguro de lo que decía, le dije a Justo:

- Sí compadre, tranquilo quédate con nosotros.

Ahora comenzaba la noche, la luna esta vez prestó la claridad. Los tres hombres seguimos ahí unas buenas horas, echando vainas, tomando ron. Justo, aunque disimulaba, seguía con su preocupación.

De repente se acercó una mujer a vendernos cerveza. Yo le dije que no, que gracias, que teníamos bastante ron. Pero Eduardo me interrumpió.

- Sí claro, danos tres, bien frías, o mejor dicho, danos seis, pero quédate un rato con nosotros. La señora le contestó que estaba bien pero sólo un momento.

Yo digo, señora, porque tenía más o menos sus cincuenta y tantos años y nosotros éramos unos historiadores treintañeros. Justo, sí no sé cuánto tenía, no sé si era mayor o por la cara de tragedia que traía o porque era más viejo

Eduardo que siempre tomaba la palabra le contó a la mujer.

- Mira este es nuestro acordeonero sin acordeón y le contaba con mucha gracia la historia.

Mientras que ella empezó a hablar con Justo de sus desgracias, Eduardo me apartó y me dijo.

- Cachaco este es el plan. Le vamos a comprar a esta mujer toda la cerveza que tenga. (Era una caneca gigante llena de cervezas enlatadas)

- ¿Y para qué? Le contesté asombrado.

- Bueno, el trabajo de ella es venderlas, nosotros se las compramos todas de una vez, y así ella se queda toda la noche con nosotros, la invitamos al hotel y

hacemos una buena parranda. Y quizá a alguno de nosotros le guste a la mujer, o a los tres. Agregó con picardía y prosiguió.

- ¿O qué cachaco? ¿Nos vamos tres machos solos a una habitación con vista al mar a llorar con Justo porque se le perdió el acordeón?

- No seas desgraciado que le prometimos a Justo que lo íbamos a ayudar.

- ¿Y quién dijo que no lo vamos a ayudar? Sí lo vamos a ayudar, pero mañana. Sí, güevón, pa vos todo es mañana. Además esa mujer no es que sea fea, pero está muy vieja para nosotros.

- Hay, cachaco, ves que vos si pareces de Bogotá. Entre más viejas mejor, saben más. Aprende que no te voy a durar toda la vida.

Ahí si no pude contenerme y me reí.

- Pero si apenas va una semana que nos conocemos.

Sí cachaquito paisa, pero somos colegas, historiadores, hermanos. ¿Entonces qué? ¿Le compramos toda la cerveza a la mujer? Igual nos queda pa tomárnoslas.

Está bien hombre. Respondí.

Nos acercamos. Y Eduardo comenzó.

- Carmencita, (Nunca supe a qué horas ya le había averiguado el nombre) te vamos a proponer un trato, nosotros te compramos toda la cerveza para que esta noche ya no tengas que trabajar más, y te vas con nosotros a bailar en el hotel; ¿qué decís? Mejor oferta no te van a hacer.

Justo ya ni pensaba, ahora estaba borracho, puesto ahí no más con su problema.

Ella nos miró con malicia.

- No sé. Respondió dudándolo. Se quedó callada por unos segundos.

Eduardo, insistió:

- Dale mujer.

- Está bien, va pa esa. Pero me pagan desde ya, yo tengo que ir a cuadrar antes la mercancía.

Eduardo me miró y me dijo:

- Saca la plata.

Yo saqué la mitad del dinero que llevaba. Era mucho. Eduardo lo completó. La mujer guardó el dinero en sus senos y dijo feliz, vamos pues.

Eduardo estaba dichoso.

- Vamos a comprar algo de comida, ya verán la noche que vamos a pasar.

- Justo anímate hombre. Justo ya no escuchaba.

Ahí íbamos caminando, menos mal la caneca de la cerveza tenía ruedas. Ahora sí estaba bastante de noche y oscuro. Yo no estaba muy convencido del plan, pero que carajos, que más íbamos a hacer. Después de todo estábamos en el Rodadero. Le di una palmada al pobre Justo y avanzamos. Subimos al hotel. Nadie se percató que llevábamos sobre carga de cerveza. Justo, caminaba culebreando, y entre balbuceos, repetía con desconsuelo: “Carlota” “El acordeón”, nosotros le dábamos más trago.

Nos acomodamos en el balcón. Eduardo puso música. Salsa romántica de costeño. Justo se quedó dormido en la sala. Pensamos sin decirlo que era mejor, el hombre por un rato iba a descansar de tanta pensadera.

Carmen nos preguntó.

- ¿Y ustedes a qué se dedican? ¿También son músicos?

- No. Le contesté yo. Somos historiadores, que es peor.

Ella se sonrió. No había pasado la segunda canción cuando nos dijo.

- Chicos, ya vuelvo, voy a ir a cancelar la cerveza. No me demoro. Metimos toda la cerveza en la nevera, como no cabía dejamos muchas por fuera regadas alrededor.

Eduardo estaba feliz, lujurioso. Hasta bailaba solo, mientras que Carmen y yo acomodábamos la gran compra.

Y Eduardo, bailando solo se quedó. Después que se marchó la astuta Carmen nunca regresó.

Ya pasaban más de hora y media y Carmen nada que regresaba. Justo estaba privado. Eduardo estaba furioso.

-Viste cachaco la que nos hizo esta mujer.

Yo me reía y a él le daba más rabia.

- ¿Ahora qué vamos a hacer con toda esa cerveza?

- Pues tomárnosla, qué más da. Contesté yo.

La cerveza quedó intacta dado que seguimos con el ron. Poco a poco a Eduardo se le pasó la rabia y terminamos riéndonos de nuestras pendejadas. Ahí estábamos un acordeonero, dos historiadores en un lujoso hotel en Santa Marta, ya casi en la media noche. Hablamos de historia, de la vida, y por supuesto, que alguno de los dos debería narrar algún día la historia del acordeonero sin acordeón. Eduardo también se emborrachó y fue a hacerle compañía a Justo a la sala. Yo estaba cerca de emborracharme, pero lamentablemente me quedaba un poco de movimiento. Digo lamentablemente porque de haberme quedado dormido como mis compañeros, no me hubiera ido a acometer una estupidez mayor a la de ellos.

Salí entre una y dos de la mañana a la playa a buscar una mujer. Ahora el que caminaba culebreado era yo. Encontré a dos morenas magníficas. Ya con anterioridad Eduardo me había señalado por cuál sector de la playa pudiera encontrar a las mujeres que “ofrecían compañía” en alta horas de la noche. Un historiador se abstenía de decirle puta a una compañera de lucha, pero igual “la contrataba”. Ese Eduardo si es güevón, iba pensando yo.

Una de las mujeres me dijo.

- Una hora, sesenta mil pesos, sin posiciones extrañas.

Qué posición extraña iba a hacer yo. Sí con los tragos que tenía en la cabeza ni la posición tradicional iba ser capaz. Hice unas malas cuentas, y me lleve a una de las chicas para el hotel. La más alta, escogí yo. En verdad, era hermosa.

Llegamos al apartamento. Justo y Eduardo, sin saberlo, ya casi poco les faltaba para abrazarse en el tapete de la sala, estaban privados.

Le ofrecí una cerveza a ella.

- Toma las que quieras. Le agregué, sonriéndome sin explicarle por qué.

Entramos a la habitación y pasó lo que tenía que pasar, la besé, contemplé y acaricié sus bellos senos y cuando me iba a poner el condón, el berraco aquel no me funcionó.

Ella se sonrió y me dijo.

Igual me tienes que pagar.

- Las mujeres son muy crueles. Le contesté.

- ¿Y cuánto cobras por quedarte conversando conmigo?, le dije mientras la abrazaba, ya resignando a no funcionar bien.

- Lo mismo muñeco, yo cobro por horas sin posiciones extrañas. Y supongo que conversar es lo menos extraño. Y se rió una vez más de mí.

En ese momento, ya se me había olvidado que no tenía sino para pagarle una hora, pues que con lo de la cerveza ya no me quedaba nada más fuera del pasaje.

Y ella se quedó tres horas. Las dos últimas horas las pasamos durmiendo. No sé si por honestidad, por no cobrarme más horas hasta el amanecer, o porque ya sospechaba que yo no tenía más plata, pero me despertó.

- Cachaco dame mi dinero que me debo ir.

Yo me levanté medio dormido y le entregué su plata, la acompañé hasta la puerta y levemente pensé que me había metido en un problema mayor que el de Justo, me había acabado de gastar el pasaje de regreso a Medellín. Pero igual el licor y el cansancio pudieron más que mi conciencia; pasé con dificultad por encima de Eduardo y de Justo y arrastrándome llegué a la habitación. Ya mañana Eduardo dirá qué hacemos, pensé mientras que perdía lo último que me quedaba de razón.

Un sol tremendo inundó las ventanas del hotel, la claridad era tan intensa que los tres nos despertamos al mismo tiempo; no sabíamos cuál de todos teníamos más guayabo. Justo fue hacia la nevera y no encontró más que cervezas. Nosotros lo vimos y no tuvimos más que reírnos a carcajadas por un buen rato. Le contamos a Justo la historia de la vendedora de cervezas. Pero yo me puse serio y les conté mi anécdota y mi nueva preocupación.

¿Qué!? Exclamó Eduardo.

- ¡Cachaco te gastaste el pasaje a Medellín en una puta!

- No, le dije yo.

- Me la gasté en una trabajadora sexual, que por lo demás fue muy amable.

Obviamente omití parte de la historia y agregué:

-Y en cervezas también, ya se te olvidó.

Justo, que no olvidaba su problema:

- Compadritos, no es por molestar pero recuerden que íbamos a hacer algo por el acordeón.

- ¡Ay Justo! ¡Ay cachaco! ¿Qué vamos a hacer? Yo sólo tengo para regresarme a Barranquilla. Y aún sí vendiéramos las cervezas, no reuniríamos ni la tercera parte de lo que necesita el cachaco para irse para Medellín, ahora mucho menos, como vamos a conseguir ese acordeón, esa ya va bien lejos.

Los tres nos miramos con cara de preocupación. Destapamos tres latas más y nos tiramos al suelo.

El sol alumbraba más.

Al rato, Justo se levantó. Compadritos, yo me voy, yo voy a darle la cara a Carlota. Lo dijo como si se estuviera dirigiéndose a un pelotón de fusilamiento.

- No, no. Dijo Eduardo.

- Nosotros te dijimos que te vamos ayudar y lo vamos a hacer. Después veremos qué hacemos con este cachaco.

Yo ya no tenía fuerza para decir que no era cachaco sino de Medellín.

Al rato, después de varias tandas de cerveza a Eduardo se le ocurrió una idea bastante estrafalaria. Mira cachaco, déjame te doy un puñetazo en la cara, después acompáñanos a Justo a su casa y le decimos a su mujer que nos atracaron, que hasta el acordeón nos lo robaron. Al vernos a nosotros y a vos con un moretón ella entenderá la situación y perdonará a Justo.

Justo se quedó callado, como si no le chocara la idea y yo contesté.

- ¡¿Y por qué no te damos el puño a vos, güevón?!
- Porque vos sos el cachaco. Yo soy el costeño vivo.
- Sí, tan vivo que te tumbó una vendedora de cerveza ayer. Contestó Justo que ya había entrado en confianza.

Los dos nos reímos, menos Eduardo que reconoció la parte de su tontería. Justo que iba tomando más alas, prosiguió. Y eso que ustedes son los estudios de la ciudad.

¡A qué no te ayudamos!, le replicó Eduardo.

- No, a mí me parece muy mala idea.

Estaba terminando de decir esto yo, cuando Eduardo se me abalanzó en cuestión de segundos y me dio tremendo puño en la cara, tan duro que no parecía historiador sino boxeador. Yo, torpemente me le abalancé, para responderle, pero Justo nos separó.

Ah que trío de idiotas somos nosotros. Dije yo, mientras que nos tomamos otras cuantas cervezas, ya separados, tirados en el piso. Y yo con un fuerte dolor en la cara para ajustar.

Eduardo me dijo:

- Cachaco, paisita, no te enojés; ven ayudemos a Justo, que luego yo miro a ver cómo te consigo el pasaje, mira que con el golpe que te di y estás fachas que traemos sí parecemos atracados.

Justo me miró con su cara de tragedia y me convenció.

- Vamos pues, le dije.

Eran tantas las cervezas que tuvimos que regalar la mitad por el camino y esconder las que podíamos en las maletas. Donde la mujer de Justo no podíamos llegar con esa mercancía a meter tremendo cuento.

Caminamos bastante rato bajo un sol inclemente, ya eran casi las once de la mañana, atravesamos la ciudad bonita hasta llegar a la parte de los ranchos. En nuestras maletas iban nuestros trajes de historiadores, los manuscritos de las conferencias que ya no servían para nada y muchas cervezas. Justo iba temblando con un guayabo de tres días y nosotros con uno de dos.

De repente cerca de un rancho, dos niños se acercaron corriendo, gritándole a Justo.

- ¡Papá! ¡Papá! Al fondo en un caldero estaba una mujer robusta y bella, era Carlota, con su rostro sudoroso y el ceño fruncido. Justo miraba con miedo, yo también.

Eduardo se adelantó y dejó a la mujer boquiabierta, así dijo el embustero:

- Señora Carlota somos los historiadores Eduardo Núñez de Barranquilla y Jacinto Bedoya de Medellín, nosotros hicimos parte de un congreso muy importante que se celebró hace poco en la ciudad. Su esposo fue contratado por los organizadores del evento para realizar el aporte musical y cultural. Después que salimos una comitiva del evento nos invitó a un festejo. Luego nos fuimos para la playa. Y adivine qué señora Carlota, como le parece que unos delincuentes llegaron y atracaron a toda la delegación, a su esposo le quitaron el acordeón, a mi compañero Jacinto le robaron todo el dinero que tenía, con el cual tenía que comprar su pasaje a Medellín. Ayer estuvimos todo el día poniendo la denuncia, y véanos acá señora, con tremenda frustración. Justo se quería regresar antes pero nosotros le dijimos que no se arriesgara a regresar solo. Nosotros lo cuidamos y él nos esperó.

Eduardo me empujó hacia ella y doña Carlota pudo observar el moretón que yo tenía en la cara. Justo se acercó a su esposa sin darle la cara, con las manos en los bolsillos y ella le dijo.

-¿Mijo y a usted no le pasó nada? Me tenía tan preocupada. Y yo que me lo imagina, por ahí borracho; tranquilo que ese acordeón lo volvemos a conseguir, lo importante es que a usted no le pasó nada.

Eduardo y yo respirábamos.

Ella continuó.

-Siéntense “dotores”. Yo les ofrezco algo de tomar. Yo les voy a quedar muy agradecida por traerme al Justo.

Yo miraba al suelo, Justo también, él aún no se creía que este par de “dotores” historiadores le hubiesen salvado el pellejo.

La señora regresó con dos totumas.

- ¿Y ahora que van hacer?

Eduardo tomó la palabra, yo no era capaz de decir nada.

- Señora tenemos que ir a hacer muchas más diligencias, tenemos que buscar la forma de ver como mandamos a este colega a Medellín. No lo vamos a dejar tirado.

Doña Carlota se ausentó por unos momentos y Eduardo se sonreía sin la más mínima vergüenza con nosotros. Justo aún estaba pálido. Yo miraba a Eduardo con un enfado fingido.

En esas se me acercó la señora y me entregó un sobre.

- Acá tenía guardado un dinerito que lo tenía destinado para una emergencia, recíbamelo.

-No, no señora, cómo se le ocurre, no es necesario. De ninguna manera. Le dije yo bastante abochornado por la situación.

- Recíbalo “dotor”, es lo menos que podemos hacer, después de que ustedes hayan cuidado a mi marido.

-Eduardo que no tenía sangre en las venas me arrebató el sobre, contó el dinero y me dijo.

- Recíbelo cachaco, con esto, muy bien puedes comprar tu pasaje para irte a Medellín, no será en avión pero en flota llegas, algún día.

Yo insistía que no. Me remordía la conciencia saber que esta señora se desprendía del dinero que acumuló con el sudor de su trabajo, dinero que yo malgasté y de qué forma lo había malgastado.

– No, no, insistí.

Justo, se acercó, tomó el sobre y me lo entregó a las malas.

– Acéptalo compadrito. Y ya más cerquita sin que su mujer lo escuchara me dijo.

- Váyanse ya antes de que nos pillen, ándate agarra tu pasaje y váyanse ya. Fue la primera vez que le vi vivacidad al rostro de Justo.

Miré a Eduardo y el bellaco lo único que hacía era álzame los hombros.

- Está bien, señora Carlota, le prometo que cuando regrese a la Costa le devuelvo su dinero.

Nos despedimos, dejamos a Justo en su rancho.

Ya era el sol del mediodía. Las calles de Santa Marta ardían. Nosotros proseguimos nuestro viaje a pie. Las maletas parecían que pesaban más. A mí me dolía la cabeza. Dos ilustres historiadores con un fuerte guayabo y uno con un gran remordimiento.

A las pocas cuerdas, Eduardo me dice, como si nada.

- Cachaco, ya solucionamos tu pasaje, ¿afanaos no estamos?, ándate mañana. Vámonos para la playa, ¡cervezas tenemos!

El niño que se hizo ateo sin conocer a Nietzsche

«Ven Juan vámonos para el cuarto de atrás, aprovechemos que todos están ocupados, no se van a dar cuenta». Sólo bastaron esas palabras pronunciadas por una chiquilla que ni lo senos aún los tenía bien formados para que el pequeño Juan ingresara al mundo inmisericorde de la angustia. - «Dale», agregó la otra amiguita con una mirada más lasciva. Juan estaba preso del pánico, pero a la vez su cuerpo enclenque estaba estremecido por la excitación. Dos muchachitas -que no tendrían ninguna aún los quince años cumplidos- estaban poniendo contra la pared al inofensivo Juan que de hecho era ya un adolescente bastante nervioso.

Juan no era del todo inocente, ya sabía perfectamente a qué lo estaban invitando; lo sabía muy bien porque días atrás una vecina -esa sí mucho mayor con sus carnes más tensas y mejor formadas-, lo había iniciado en los recovecos del placer, cuando en un día solitario aprovechó para enseñarle a Juan a jugar a los «esposos que hacían el amor todas las noches».

En esta ocasión Juan no aceptó la nueva propuesta de sus amigas, no porque no quisiera hacerlo, sino porque lo asaltó un terror inmenso dado que los adultos estaban efectivamente ocupados, pero no en cualquier ocupación; en el momento en que esas chiquillas endemoniadas lo invitaban a experimentar nuevos placeres, los «grandes» estaban rezando el rosario en la sala de la casa. Juan, que por ese entonces realizaba el cursillo para recibir la primera comunión, sintió que en esas circunstancias el pecado sería mortal. Otra cosa muy distinta sería si estuvieran ocupados en otros menesteres menos sagrados. Por más que lo quisiera, -¡y vaya que sí lo estaba deseando!- dijo que no. Sudó gotas frías al mismo tiempo que se negaba, y después salió huyendo de tremenda tentación, con su cuerpecito anhelante lleno de temblor.

Para aquellos días Juan tenía que aprenderse de memoria el credo y tenía que hacer su confesión para su primera comunión. El credo no se lo aprendió, no porque tuviera mala memoria, sino porque desde la noche en que rechazó a sus amigas no había dejado de pensar en esa oportunidad que desperdició. La

mente de Juan era un caos, a ratos pensaba que había hecho lo adecuado y tenía su «conciencia» tranquila y salvaguardada, pero la mayoría de las veces, lo asaltaba un pensamiento más insistente, su mente no paraba de imaginar todo lo que hubiese podido pasar esa noche y todo el placer que hubiese podido obtener. De esta manera Juan Cadavid con tan sólo once años de existencia ya se debatía entre los problemas más acuciosos del bien y del mal.

Llegó el día de la confesión y como era de esperarse Juan olvidó la última parte del bendito credo, luego pasó a la enumeración de sus pecados y esto fue lo único que se le ocurrió: -«Padre he peleado mucho con mis hermanitos y un día fui muy grosero con mi mamá». Lo de sus pensamientos lascivos lo dejó para sí. El sacerdote de la más forma más mecánica y lánguida le impuso al muchachito la penitencia de rezar dos padres nuestros, tres aves marías y lo despachó. Juan ese día intuyó la tontería de ese sacramento y defraudado se marchó.

Mucho pensó que la vaina no pasaba por el cura sino directamente por Dios. Dios seguramente sí se daba cuenta si él hubiese decidido pecar, y peor: ¡doble pecado!, por el acto mismo y por el sacrilegio de hacerlo mientras los demás estaban rezando. Así seguía Juan todos los días con estas cuestiones «teológicas» en su cabeza, seguía al mismo tiempo con su máquina de pensamientos lujuriosos por lo que no había sucedido y cada vez más con un mayor arrepentimiento por desaprovechar tal oportunidad. Juan no tenía sosiego, parecía quieto pero su mente no paraba de cavilar.

Un día se volvió a tropezar con una de las chicas y a Juan le sucedió algo peor. Ella lo miró ahora no con lasciva sino con desdén. Ella lo miró, -o por lo menos esto fue lo que Juan creyó- con una mirada de pesar y de vergüenza que decía, «este niño fue un cobarde y un incapaz». Lo vio como quien no quiere ver, como cuando las niñas ven a otros niños de su misma edad con cierta repugnancia. Ahí sí Juan perdió la poca tranquilidad que le quedaba, ahora además su ego estaba malherido, el arrepentimiento aumentó. Juan que no era un niño grosero, esta vez sí pensó: «Cual pecador yo lo que soy es un güevón».

Pasaron los días, pasó la comunión y Juan siguió con sus soliloquios interminables. Juan llegó a una conclusión decisiva para su vida: «Ese día hubiera aprovechado la invitación, Dios no se hubiera dado cuenta porque Dios no puede estar en todas partes a la vez... es imposible que al mismo tiempo nos esté mirando a todos». Así razonó Juan. Un día en que la iglesia estaba vacía Juan se sentó por un largo tiempo, -horas quizá- frente a una inmensa cruz. Miraba y miraba al Cristo crucificado esperando que pasara algo, pero nunca nada pasó. Juan se sintió engañado, frente a ese muñeco gigante de yeso pensó: «Si Dios no puede estar en todas partes es porque a lo mejor en ninguna parte está».

Sin darse cuenta de lo mucho que este pensamiento lo había liberado, poco a poco se desligó de ese sentimiento de culpa que tanto lo había atormentado. Por esos días tomó la costumbre de salir a caminar. A la iglesia nunca más volvió. « ¡Que se me aparecieran las muchachas!», así siempre iba pensando Juan.

Casi guerrillera

Era silenciosa, una virtud poco frecuente en las personas de mi tierra. Después de tanto insistirle accedió a salir conmigo.

Me traía loco. No sé si era por el acento de su voz, -aquella forma de hablar propia de las gentes de las montañas de Antioquia-, como si hubiese salido de la «casa de las dos palmas». No sé si era por sus ojos claros, o por su piel blanca, que aunque ya pálida aún dejaba entrever la niña de cachetes rosados del pueblo frío que un día fue. No sé al fin por qué, pero puse en ella toda mi ilusión.

En aquel primer paseo escuchó muy atenta cada una de las aventuras que le relataba. Era tan poco lo que hablaba que más que un diálogo, parecíamos ejecutando un monólogo, donde ella era el público y yo el único actor. De repente entendí que estaba hablando demasiado y permití un silencio entre los dos.

Cuando ya había perdido la esperanza de escucharla, abrió más sus ojos expresivos y me dejó atónito con una confesión: «Yo estuve a punto de volverme guerrillera». ¿En serio? Le inquirí, todavía sin creerle, o más bien, sin asimilar lo que me contaba. Y agregó: «Sí, en mi pueblo, cuando tenía doce años, un día con una amiga nos volamos de la casa y nos fuimos para la guerrilla».

No pude disimular mi asombro. Ahora en cuestión de segundos se había vuelto mil veces más atractiva para mí. Yo, intelectual cobarde, que me encerré en los libros, que siempre me avergoncé por no haber sido capaz de renunciar a mis privilegios de niño mimado de la ciudad, que aunque marxista, leninista, castrista, y todos los "...istas" hasta los huesos, con todo eso y no había sido capaz de jugarme el pellejo e ir a entrar en la acción, que seguía como intelectualito haciendo revoluciones no más que en papel; yo, ahora encontraba una joven más aguerrida, que casi siendo una niña, ya había tomado la decisión que yo nunca tomé.

Tenía muchas preguntas que quería hacerle. Mientras la miraba, ella solamente seguía con su calma natural, no me aguanté y le hice todas las preguntas a la vez. Ella siguió callada. Yo deduje que aún no le generaba tanta confianza como para que me contara más y por recato no le insistí más. Pero yo seguía igual de inquieto. Además recordé que a uno en Colombia lo pueden matar no más por hablar.

Seguí un rato más en silencio, como quien ya no quiere la cosa, pero más intrigado y emocionado por la mujer que estaba a mi lado. Estaba realmente inquieto con la cuestión. Esta diosa del Olimpo, que no del Olimpo sino de Yarumal, además de bella, pensaba yo, era una militante también de mis deseos de revolución. Me la imaginé como mi Manuela Sáenz, como mi Lou Salomé.

A mi cabeza fabuladora, llena de angustias, tragedias y proezas no se le podía ocurrir que las cosas pudieran ser más sencillas y menos complicadas. Para mí, delirante, estaba ya al lado de una valiente guerrera clandestina compatriota que encontré fuera de mi país.

Con una calma infinita y una sonrisa discreta en su rostro, por fin me respondió: «No, que va, nada de política, yo de eso no entendía nada, ni en esa época ni hoy. Simplemente un día con mi amiga se nos ocurrió irnos para la guerrilla, así no más». Pero, ¿por qué? Insistí. ¿Las obligaron, tenían problemas en la casa, las amenazaron, las sedujeron, las formaron? «No, nada de eso». En ese punto se sonrió más y prosiguió. «Nosotras veíamos que los guerrilleros vivían muy bueno y nos dieron ganas de irnos para allá». ¿Y entonces qué pasó? «El día que nos fuimos a mí no me aceptaron porque no tenía botas. Mi amiga si las tenía y se la llevaron. A mí me dejaron porque estaba con unos zapatos que no eran adecuados y me dijeron que después volvían por mí pero nunca regresaron».

Volvió a quedarse en silencio, con una placidez genuina que avergonzó mi mente febril.

¡Por unas botas! Seguí pensando mientras la miraba. Y saber que yo un día estuve a punto de escribir una tesis doctoral sobre “las causas objetivas y

subjetivas que llevaban a la población juvenil campesina colombiana a elegir incorporarse en algún grupo armado”. En verdad, seguí pensando, que pendejos somos a ratos los intelectuales de la ciudad.